

...con las REVISTAS

SUGERENCIAS A SACERDOTES

El pórtico del libro que ha escrito para los sacerdotes el Rector del Seminario de Avila está apuntalado por un ideal humano-divino propuesto a esos hombres segregados para el sacerdocio de Cristo. Porque el sacerdote es ese "hecho dogmático vivo y operante", ese D. Fulano de Tal y Tal, Pbro. que todos conocemos, con su nombre y sus dos apellidos y esa coletilla de las siglas sacras; es ese hombre que, a pesar de todos los pesares, es indespreciable porque, queramos o no, hay en él una sacralidad invulnerable. La invulnerable sacralidad de tantos sacerdotes de Bernanos y Mauriac, de Green y Marshall. Acicates continuos para una mirada católica que sólo puede ser credencial de nuestra fe.

Pensando en un sacerdote así, bidimensional, —realidad sobrenatural y realidad natural—, ha escrito D. Baldomero Jiménez Duque sus "Sugerencias sacerdotales". Las cosas que se escriben en ese libro son para ese sacerdote concreto encarnado entre nosotros con toda la concreción de las cosas y las personas que están a nuestro lado.

Abarcar así al sacerdote plenamente, sin despreciar o minus valorar una sola parcela de él, es un gran camino y exacto para la comprensión de lo humano y de lo divino en el ministerio sacerdotal. Para la comprensión de lo grande y lo pequeño de cada uno de nuestros sacerdotes.

Cuando se trata de formar estos hombres elegidos y segregados es necesario que esa formación envuelva toda la complejidad humano-divina del sacerdote sin despreciar ningún aspecto.

Ni el aspecto que hará del sacerdote un hombre sencillamente educado: y educación es finura, y es comprensión de lo humano, trato al alcance de todos, sonrisa y afabilidad, y seriedad, y acercamiento a los demás, estén donde estén; no un mero acercamiento mecánico, de desplazamiento, sino el acercamiento vital y cordial, del que ha tendido ya el corazón cuando va a tender la mano.

Mucho menos deja de interesar el aspecto de la formación teológica sacerdotal. Debe ser un especialista en las cosas de Dios. Esto es una llamada al estudio permanente, continuado siempre, un estudio del que los años de formación en el seminario sólo fueron cimientos. Un estudio *sacerdotal*, porque es un estudio para los "otros", aunque esos "otros" sean los hombres humildes de cualquier aldea, o los hombres ilustres de cualquier ciudad.

Y para llegar a todos es necesario al sacerdote un cierto bagaje de técnica apostólica que le enmarque y le defina como hombre de su tiempo. No conviene despreciar ninguna de esas cosas que el tiempo y la vida circundante nos ofrecen; sería despreciar la eficacia, sería envolverse ciegamente en oscuros retrasos que no pueden agrádar a Dios. Ni servirle.

Como esencial y fundamental queda el mundo sobrenatural del sacerdote, lo sacramental; lo unitivo con Dios: todo aquello por lo que el

sacerdote es *pontífice*, por lo que el sacerdote es pasarela entre los hombres y Dios: el Sacrificio, la oración, Cristo...

Son 497 sugerencias sacerdotales. Acotan seriamente y con sinceridad al hombre de Dios en su pluridimensionalidad. Son sugerencias que enseñan a amar mejor: a Dios, a los hombres, a las cosas, a nuestro tiempo. A todo eso que tiene entre manos un sacerdote.

Andrés M.^a Sevilla, S. J.

PROBABILISMO, en ARBOR

Nov. 1957.-ANTONIO PEINADOR, C.M.E., Problemas en torno a nuestra teología moral

Comienza el autor del artículo haciendo referencia a algunos escritos que ponen en primer plano una serie de inquietudes con relación a la metodología de la ciencia teológico-moral. Admite que se haya exagerado en la nota de vacío e inconsistencia científica de que adolece la teología moral, pero reconoce que existe un mal real. Falta, según el autor, vigor interno en la exposición y una carencia tal de fuerza formativa de la vida sobrenatural que exige sin demora dedicarse a buscar la raíz más profunda de esa anemia científica y de la impotencia a donde se ha llegado.

No deja de sorprender al continuar la lectura del artículo el ver que todo este problema hondo así esbozado se va a centrar en un punto concreto tan secundario en la moral cristiana como el del probabilismo. Resulta más extraño aún el ver que a él se le atribuye (1) la crisis que, según el P. Peinador, están sufriendo bastantes de los valores sustanciales del orden moral: el respeto a la autoridad social y familiar; el respeto a la propiedad ajena; el respeto a la moralidad pública; el respeto al magisterio doctrinal de la Iglesia y otros muchos secundarios que giran alrededor de esos fundamentales.

Creo que la Providencia de Dios ha establecido, que las verdades morales que dirigen la vida del hombre sean claras en sí y con esa misma claridad se presenten a los hombres a través de las enseñanzas de la Iglesia depositaria de la Revelación. El probabilismo no entra en juego más que en los casos en que empleados *todos los medios* para encontrar la verdad nos vemos imposibilitados de conseguirla con una certeza moral que haga lícito nuestro proceder.

El probabilismo afirma que cuando una obligación no se me propone sino a través de opiniones probables, voces inseguras de una verdad posible, el amor a la verdad moral no me obliga a aceptar como norma absoluta tal opinión, quedando por tanto libre para obrar, sin tenerme por atado a tal opinión.

Realmente, no parece que este proceder sea la causa de que se tambalee en sus cimientos la autoridad social, la propiedad ajena, el respeto a la moralidad pública, etc.

Pero según el artículo a que nos referimos este *modo de ser probabilista* está en oposición al *modo de ser racional*. Ciertamente, si mantenemos que el hombre al no admitir más obligaciones que las que son ciertas se convierte en un ser *arracional* no habría inconveniente en coincidir con él. Esta metamorfosis cimentaría sin duda el caos del mundo racional.

Pero ha habido y hay gran número de seres racionales a quienes parece bastante *racional* el que dada la trascendencia (en todo su sentido) que

(1) Pág. 191 del artículo que comentamos.